

Marcelo Guerrieri

CON ESTA LUNA



Casi todas las madrugadas Moreira se instala a estudiar en el bar Córdoba como un modo de exorcizar el insomnio y la soledad. Poco a poco se ha ido integrando a esa especie de familia, conformada mayormente por taxistas, que incluye a los pibes del kiosco y a los trapitos de la cuadra. Pero un hecho extraño y la desaparición misteriosa de uno de los choferes colocan a Moreira y a sus amigos en la senda de una pesquisa en la que se pondrán en juego las creencias e hipótesis más increíbles así como sus propias vidas. En esta novela, Marcelo Guerrieri construye un conjunto de personajes tan heterogéneos como inolvidables y logra hilvanar mitos urbanos, sueños reveladores, conflictos políticos y fantasías eróticas. Una ficción original y deslumbrante que puede ser leída como relato de aventuras, novela social, narración fantástica, policial negro o todo eso a la vez.

*A mi vieja, mi viejo y mi hermana.
A los amigos.
A Noe y Lunita.*

«—¡Cómo morir con sol! Yo creí que iba a ser de noche. Yo te esperaba una noche.

—Siempre es noche, mi hijito. Tan solo el chispazo de un yesquero es ese sol al que te que-
rés aferrar. Todo es tan solo una noche inmen-
sa».

Juan Moreira, Leonardo Favio

Moreira levanta la vista del apunte que estaba leyendo. En la otra esquina del bar, los tacheros Vizcacha, despata-rrados en las sillas o de pie, vociferan hacia la pantalla de la tele como si los senadores en el Congreso pudieran escucharlos. Otros, desatendiendo totalmente a la votación que se está transmitiendo en directo, mastican pedazos de pan, mandibulean, los dientes rechinantes, las bocas atiborradas, llenan todo de migas, beben de los pocillos de café a medio tomar, sacuden los brazos o pegan gritos sueltos. Desde su lugar, Moreira percibe en la composición ese desparramo festivo de las sobremesas de un asado con amigos.

–Se pudrió la pumarola. Desempata el vice.

A Moreira, la voz del Gato lo descoloca y lo trae de vuelta a su propia mesa. Mira a su amigo, tratando de entenderle el gesto: es una mezcla entre expectativa y miedo, algo más cercano a la espera de una catástrofe que al inicio de un asunto feliz.

Desde la avenida, el murmullo de un auto que pasa cobra protagonismo en el silencio total que se ha hecho en el salón del bar.

–¡Ponele los puntos a estos ladrones!

–¡Chorros populistas!

Los gritos vienen desde la mesa de los Vizcacha.

Entonces Moreira comprende. Deja el apunte sobre la mesa y se pone de pie, desencajado:

–¡Vendepatria! –larga el grito hacia la tele y luego hacia los Vizcacha–: ¡Garcas!

Pero los Vizcacha no responden. El exabrupto de Moreira es como un meteorito que cae en un mar calmo y no

genera ningún tipo de ola. Vuelve a sentarse y busca ayuda en sus dos compañeros de mesa: el Gato mira a la pantalla, embobado, esperando la definición; es Andonaegui el que lo registra y lo toma del brazo, amistoso, tratando de calmarlo:

–Tranca. Cómo va a votar en contra de su propio gobierno.

En el silencio general que ahora se prolonga en las dos mesas rivales del bar Córdoba, Moreira siente que la noche crispada tiene algo de final de campeonato del mundo, y que el voto que está por emitir el vicepresidente es el penal que definirá la copa.

–Es uno de los momentos más difíciles de mi vida – anuncia el vice en el Congreso mientras manosea el micrófono.

Moreira empieza a las puteadas. Los Vizcacha se ponen de pie y le devuelven los insultos. Paternóster, el mozo de la noche, que hasta hace un momento iba y venía entre las mesas murmurando «día histórico, día histórico», ahora pide calma y trata de separar a los dos bandos.

Entre la intervención pacificadora de Paternóster y la demora en la respuesta del vice, el ambiente se compone. Entonces desde la tele se escucha «mi voto no es positivo», y ya no hay forma de parar la fiesta de los Vizcacha, que salen por la puerta grande, la que da a la avenida Córdoba, arengando al grito de «¡vamos todos a Palermo!».

En la calle los reciben bocinazos de festejo. Unos diez taxistas que, estacionados sobre Jean Jaurès frente a la plaza de Los Galgos, optaron por escuchar la transmisión por la radio. Apoyados en el capó o sentados al volante, la puerta abierta, las patas sobre el cordón de la vereda. Hermanados ahora con los Vizcacha, han formado un grupo de más de veinte taxis que rodea la plaza a los bocinazos, primero por Córdoba y después por Anchorena; la

larga procesión ruidosa que se interna en el corazón de Barrio Norte, en dirección a Santa Fe y más allá.

En esa desolación repentina, desde la mesa pegada a la puerta grande, que siempre elije Moreira porque al estar justo donde el bar hace esquina se puede ver tanto hacia Córdoba como hacia la calle Jean Jaurès, ve a través de la ventana el taxi del Jorobado estacionado frente a la plaza de Los Galgos, cerca de la esquina de Paraguay. Las luces rojas del cartel de Coto dan de lleno sobre el techo del auto, que brilla, borravino, como una aparición solitaria en la cuadra desierta. «Qué onda el Jorobado», se asombra Moreira, «por qué no se fue con los otros».

Recuerda haberlo visto hace apenas un rato. La mirada torcida entre las mesas. Esos ojos, como siempre clavados en el piso, escondiendo la cara. Gesto esquivo que es marca de fábrica del Jorobado. Igual que la cara deforme: la mitad del rostro desfasada de la otra. No es más de un centímetro pero suficiente como para hacer del Jorobado una especie de monstruo.

Suele desaparecer sin aviso. Se escabulle en silencio entre las charlas. Nadie sabe dónde vive. Dicen que en realidad no tiene casa, que siempre duerme en el taxi y que Paternóster lo deja ducharse en el bar y le guarda la ropa.

Moreira abre *El gen egoísta* por enésima vez, ese apunte de Antropología Biológica que dejó sobre la mesa, al costado de su pocillo de café vacío, cuando empezó la arenga de la votación por la 125. Ahora retoma la lectura del capítulo que machaca sobre la idea del individuo como una máquina programada para perpetuar sus genes, y se pregunta si es necesario tener que leerse todo el apunte para entender que se trata de una justificación biologicista para el libre mercado y la competencia individual.

Sabe que por eso lo incluyeron en la materia, como un ejemplo de darwinismo social, y se dice que ya entendió el concepto, que solo va a leer un poco más: «Para una

máquina de supervivencia, otra máquina de supervivencia (que no sea su propio hijo u otro pariente cercano) constituye una parte de su entorno, al igual que una roca, un río o un bocado de alimento. Es algo que obstruye el camino, que puede ser utilizado. Difiere de una roca o un río en un aspecto importante: tiene tendencia a devolver el golpe».

Basta, se dice, ya está. Necesita despejarse un rato, reunirse con los otros en algún ritual fraterno: escuchar alguna historia del Jorobado.

Acompañado por esa mirada esquinada, que de por sí ya predispone a lo extraño, el Jorobado sabe narrar anécdotas turbias de pasajeros, sabe guardar silencios, sabe inventar detalles que convencen, y eso es lo que busca Moreira cuando les propone a Andonaegui y al Gato que exorcicen toda esa mierda: «Una buena historia del Jorobado, sentados en el cordón de la vereda, cómo la ven».

Pero Andonaegui y el Gato lo ignoran olímpicamente. Están enfrascados en una serie de teorías en torno al resultado de la votación:

–¡Me querés explicar qué carajo festejan! –amargado, el Gato señala la pantalla, donde vecinos de la ciudad, golpeando cacerolas, celebran la reducción de impuestos a los productores del campo.

–¡Po-pu-lis-mo! –replica Paternóster, pecheando al aire, desafiando a los tres mientras hace girar la bandeja de aluminio sobre el dedo mayor.

–Confundís la caca con el chocolate, Paternóster –se lamenta el Gato.

–¡Ladrones!

Moreira no está para eso. Lo que necesita es un baño de evasión, un pasaje de ida fuera de toda esa realidad intragable. Todavía tiene fresco el recuerdo de la crisis del 2001, los bonos Lecops, las asambleas populares, las noches resistiendo la toma del banco, las ferias del trueque y la marcha bajo la lluvia por los asesinatos de Kosteki y Santillán. «¡Que se vayan todos! ¡Muerte al Estado! ¡Pique-

te y cacerola la lucha es una sola!» Moreira todavía tiene pegada al cuerpo la experiencia de aquellos días que compartió con los vecinos y comerciantes del barrio.

Por eso ahora le sube al cuerpo una bronca negra cuando en la tele ve a esos mismos vecinos, entonces desesperados, hoy ya recompuestos, caceroleando en contra del gobierno, a favor de los productores del campo:

—¡Cuatro por cuatro y cacerola! ¡Agarrame bien las bolas! —grita hacia la calle y en ese grito larga toda su bronca.

A su lado, mirando hacia la plaza, Paternóster suspira con aire de inquietud.

—¿Qué te anda pasando? —le pregunta Moreira.

Arriado por la pregunta, el mozo vuelve de muy lejos. Lo mira a la cara. Le apoya una mano en el hombro:

—Linda al cuete la noche —comenta y se vuelve para adentro.

Moreira se queda solo, mirando hacia la plaza vacía. Una tremenda luna llena blanquea el pasto y el ombú. Noche perfecta para tirarse boca arriba en la plaza y olvidarse de todo. Entonces enfila para el lado de Paraguay, decidido a buscar refugio en alguna anécdota del Jorobado.

Pero el taxi está vacío.

Lo más raro de todo es que la llave está puesta.

Moreira subió al taxi y salió arando por Jean Jaurès. Clavó los frenos frente al Córdoba y empezó a tocar bocina. Imaginaba la cara desencajada del Jorobado asomando por la puerta. Pero en cambio aparecieron el Gato y Andonaegui, que se subieron al taxi. Paternóster, plantado en la puerta del bar, negaba con la cabeza.

–No pasa nada –intentó calmarlo Moreira–. Enseguida lo devolvemos. Avisale al Jorobado.

El Gato le apostó a Andonaegui dos rondas de café en una competencia a tres vueltas a la plaza. Alternaron al volante mientras Moreira, en el asiento de atrás, tomaba el tiempo con el celular. Ganó Andonaegui por afano, aprovechándose de su dominio del oficio, sin esforzarse demasiado.

Después estacionaron el taxi frente a la puerta chica del Córdoba, sobre Jean Jaurès, y pusieron una radio de clásicos de los ochenta. Moreira se recordó bailando lentos, «Caaarrie», la voz melosa del cantante, sus primeras fiestas, mezcla de colonia Pibes y Mujercitas. Volvió de aquel recuerdo adolescente atraído por el perfume que salía de una bolsita con hojas de lavanda que colgaba del espejo.

Abrió la guantera, para curiosar: mapas ruterros, linterna, navaja suiza. Debajo de una revista de Fórmula 1, al fondo, como escondida, una bolsa de alimento balanceado para roedores: en el envase se veía la foto de un hámster, dos cobayos grandotes y una chinchilla.

–El Jorobado tiene un hámster –reflexionó Andonaegui, echado como estaba en el asiento del acompañante.

–Bajemos –propuso el Gato. Señalaba una parte de la reja de la plaza donde había un hueco bajo los barrotes.

Cuando estuvieron cerca, vieron marcas de pezuñas en la tierra. El pozo, que seguramente habría escarbado algún perro de la calle, era una especie de túnel lo suficientemente grande como para pasar al otro lado arrastrándose.

–La linterna –largó Moreira y fue a buscarla al taxi.

Cuando volvió, Andonaegui y el Gato ya habían entrado a la plaza, trepándose por arriba de la reja. Moreira se apuró a pasar al otro lado, reptando por el túnel escarbado.

Mientras se sacudía la tierra que se le había pegado a la ropa, subiendo la loma del ombú, sacó un porro. Si el Córdoba era para Moreira algo así como el living de su monoambiente, la plaza era su campamento base, que conocía al detalle, con sus recovecos y sus mañas:

–Los asientos de abajo –propuso, señalando el anfiteatro–. No nos ven desde afuera.

Andonaegui protestó:

–Pero está el olor a meo de la puerta maldita.

La puerta maldita: así bautizaron esa abertura a medio tapiar al costado del anfiteatro. Según contó el Gato, que era vecino del barrio de toda la vida, esa puerta daba a un sótano donde, en las épocas de gloria en que ese espacio público se usaba para obras de teatro, se cambiaban los actores. El abandono del gobierno municipal, que la tapió a medias, hizo que pasara de improvisado baño público a guarida de gatos y alimañas. Desde entonces nadie se animaba a entrar. Ni siquiera los linyeras. Hacía poco alguien había dibujado con pintura un ojo sobre el dintel: un óvalo desperejo, de pestañas amarillas, que le daba al conjunto un aire todavía más siniestro. Al asomarse –había que aguantar la respiración para no vomitar– se podían ver los escalones que se perdían en algo parecido a una madriquera.

Para alejarse del olor lo más posible, se fueron para la otra punta del anfiteatro. Moreira se echó boca arriba sobre las raíces del ombú, miraba el cielo despejado y la luna llena; el Gato se sentó en el primer escalón de las gradas, miraba fijo a Andonaegui, quien plantado en el centro del escenario redondo empezó a contar:

–Luna llena como ahora. Suben dos pasajeras. Una me dice: vamos a Andonaegui al mil. Cuando llegamos a destino, las minas me ataron las manos con hilo sisal. Me llevaban por el costado de la estación Arata, yendo para Agronomía. Sobre las vías hay un perro muerto. Larga un tremendo olor a podrido...

Andonaegui recibió el porro e hizo una pausa para darle una seca mientras iba y venía por el escenario.

–Dejate de boludear que nos van a ver desde afuera – le dijo Moreira, ya atrapado por la narración de Andonaegui–. ¿Te querés sentar?... Y seguí contando.

Pero en vez de seguir con su relato, Andonaegui soltó un quejido rasposo. Moreira se acercó para que le pasara el porro, pero Andonaegui estaba congelado en el centro del escenario, los brazos colgando como muertos.

De la puerta maldita, una cosa que parecía un perro salió corriendo por el pasto.

Los tres se quedaron duros, mirando sin saber qué hacer.

La sombra animal ahora se arrastraba para el lado de Coto y, aunque los tilos tapaban la visual, pudieron ver, allá lejos, cómo el bicho pasaba por el túnel debajo de la reja y enseguida escucharon el chirrido de gomas sobre el asfalto: el taxi del Jorobado que salía disparado por Jean Jaurès, cruzaba el semáforo de Córdoba en rojo y se perdía para el lado de Once.

Durante el resto de la semana, Moreira no asomó la nariz por el bar. Estuvo ocupado con los últimos detalles de la remodelación del vivero: un negocio familiar cerca de Agronomía que heredó de su abuelo. A una habitación que se está armando al fondo, va a mudarse en breve.

Aunque el cambio es para mejor, mudarse también implica para Moreira alejarse de esta especie de familia pos-tiza: a lo largo de estas noches de insomnio y estudio en el Córdoba, fue construyendo esta amistad con el Gato y Andonaegui. Entre apuntes de Antropología y el murmullo de los Vizcacha de fondo, fue atravesando el duelo por su separación. Y ahora se ve, para su sorpresa, haciendo planes de mudanza y sintiendo que va a extrañar la escucha y la compañía del Gato y Andonaegui.

El Gato practica yoga, puede ver el aura de la gente y milita en una agrupación aliada al gobierno: con sus compas y un grupo de vecinos, en un asentamiento pegado al Riachuelo, sostiene una cooperativa de albañilería y un bachillerato popular. Labura de noche, hace trabajos de altura, limpiezas, pinturas, colgando de andamios y sogas, haciendo uso de una habilidad increíble para andar por los techos que le ha valido el apodo.

—De lejos no se ve —le explicó una noche a Moreira—. No quiero ver todo el tiempo el aura de la gente. Algunos tienen un aura hermosa y son horribles. Cuando se murieron mis viejos me vino todo esto.

Entonces Moreira quiso saber cuál era el color de su aura.

—Rojo y negro. Tenés que hacerte cargo de tu karma.

Aunque no puede ponerlo en palabras, Moreira entiende algo de las energías que le sugieren esos dos colores: los desafíos, remodelar el vivero, amigos nuevos, volver a abrirse; y, por otro lado, esa oscuridad de las noches en el Córdoba, esa plaza, donde se refugia a pensar en nada, esas mesas del bar con el café y los apuntes y las charlas; y los Vizcacha, con sus anécdotas misóginas y de una incorrección política que para su mirada de antropólogo es material de análisis y escándalo; y a la vez, más allá de las diferencias, esos tacheros son para él unos tipos que le ponen el cuerpo a su laburo cada noche, mientras él está atravesando su karma, laburando en investigaciones para una beca y en un vivero que heredó de su abuelo. Y ahí, en ese rojo y negro está el puente hacia ellos y hacia sí mismo, y por sobre todo hacia el Gato y Andonaegui.

Andonaegui, tachero, igualmente solitario, con una pena que aún no ha bajado a la palabra, refugiado en infinitas versiones de una misma anécdota, que siempre empieza igual: «Iba a llevar a dos pasajeras a Andonaegui al mil». ¿Por qué Andonaegui al mil? ¿Por qué dos pasajeras? ¿Qué siente el Gato allá en lo alto? Estas intrigas alimentan esa amistad que Moreira ha armado con estos dos, a la vera de la avenida Córdoba, frente a la plaza de Los Galgos, entre el ir y venir de los Vizcacha.

Le gusta pensar en su duelo como un rito de pasaje. Como lo define Turner, uno de sus autores favoritos. Siente que está en ese punto en que el individuo se encuentra fuera de la estructura porque ya no pertenece a lo viejo pero todavía no es lo nuevo. Y durante esa transición, tiempo de no ser ninguno de los dos colores, de estar afuera de la gama cromática; por eso estos amigos tan distintos a él, esa solidaridad que se arma cuando se está en carne viva, comunidad en la indefinición, igualdad durante el tiempo que dura el ritual de pasaje, rojo y negro,

el vivero, los Vizcacha, el Córdoba, el Gato, Andonaegui,
la mudanza, su karma, nuevos aires.